

Mrs. America y Alexis Carrington

Lorena Alvarez*

1. Las olas que vienen y van

“Siempre que hay un movimiento que quiere ir hacia adelante en este país surgen reacciones. Para entender esas reacciones tenés que entender por qué líderes como Phyllis Schlafly consiguieron tantos seguidores. Tenés que entender su atractivo. Si no podés abordarla con empatía no podrás captar por qué atrajo a miles de mujeres conservadoras”. Con esas palabras, Dahvi Weller, guionista y productora, justificaba en el periódico Los Ángeles Times la decisión de ubicar en un plano muy destacado a Phyllis Schlafly, la líder de la contracara de la segunda ola feminista en su miniserie, “Mrs. America”. Una mirada muy interesante no solo para explicar el punto de vista de una ficción, sino también para desentrañar en términos políticos el fenómeno de las mujeres conservadoras.

La ficción creada por ella y producida por Cate Blanchett –que además es una de sus protagonistas pues interpreta a la polémica Phyllis– repasa la lucha por la ratificación de la ERA (Enmienda por la Igualdad de los Derechos) en los convulsionados años setenta mientras nos muestra el surgimiento de la ola conservadora que llevó a la presidencia a Ronald Reagan en los años ochenta. Con una óptica controversial –si tomamos en cuenta los términos actuales donde pareciera que es difícil mostrar matices a la hora de retratar ciertos hechos históricos o personajes para intentar desentrañarlos sin quedar envueltos en polémicas –, “Mrs. America” transita su devenir alejado de los prejuicios, permitiendo, además, abrir un espacio para discutir sobre el actual derrotero del feminismo y el crecimiento político de las mujeres dentro de los espacios más conservadores.

A pesar de contar con personajes ficcionales para robustecer la historia, por “Mrs. America” desfilan las más importantes personalidades de la segunda ola: desde activistas destacadas a políticas comprometidas como Gloria Steinem, Betty Friedan, Shirley Chisholm, Bella Abzug, Jill Ruckelshaus, Flo Kennedy o Brenda Feigen, entre otras. Aunque poniendo el ojo principalmente en Schlafly, una lobista ultraconservadora, esposa de un abogado, simpatizante republicano, madre de seis hijos y con un título como experta en seguridad nuclear (al que años más tarde le sumaría un diploma en leyes) que decide cargarse al hombro la campaña contra la ERA alegando que perjudicaría los derechos de las mujeres. La ERA (la Enmienda de Igualdad de Derechos) es la que garantizaba la igualdad de derechos legales para todos los ciudadanos estadounidenses independientemente de su sexo y es el punto de conflicto para desarrollar esta historia.

La enmienda que fue escrita por Alice Paul y Crystal Eastman fue presentada por primera vez en el Congreso en 1923. Discutida en distintos periodos históricos, sin suerte, con el auge del movimiento feminista en los Estados Unidos, durante la década del

sesenta, fue obteniendo cada vez más apoyo hasta lograr ser reintroducida en 1971 por la Representante Martha Griffiths, una destacada jueza y miembro del Partido Demócrata, resultando aprobada por la Cámara de Representantes ese mismo año y en 1972 por el Senado –paradójicamente dentro del mandato del republicano Richard Nixon–, sometiendo así la enmienda a las legislaturas estatales para su ratificación, como así lo establece el Artículo Cinco de la Constitución de los Estados Unidos. El Congreso incluyó en la legislación una fecha límite de siete años, 1979 y posteriormente extendió la fecha límite hasta 1982 con una mayoría simple del Congreso.

La disputa comienza cuando al tratar de alcanzar los 38 estados para que pudiese ser ratificada, surge un ala de mujeres ultraconservadoras que quieren impedir que eso se logre. En ese contexto se desarrolla la historia que consta de nueve capítulos y que escapa del facilismo de juzgar para adentrarse en las contradicciones de todas sus protagonistas, conservadoras o liberales, al punto que en cierto momento de la historia, uno de los personajes feministas se refiere a la archiconservadora Schlafly como “*una maldita feminista, puede que sea la mujer más liberada de América*” al verla moverse políticamente con astucia y sin pruritos. En tanto que en otra escena se puede observar como la líder del movimiento de amas de casa, que en realidad tenía amplios conocimientos sobre seguridad nacional, languidece de bronca y frustración cuando en una reunión con políticos varones es elegida para ser quien lleve los apuntes pues “debes tener buena caligrafía”. Siendo esos grises, quizás, los verdaderos hallazgos de la ficción, tanto como los conflictos dentro de los propios partidos. En el republicano, muchas de sus simpatizantes también acordaban con la enmienda, mientras que, en el partido demócrata, en pos de las elecciones, a veces les ponían freno a sus propias mujeres. Es que nada es lineal, todo tiene distintas tonalidades.

Si bien ha sido nominada en distintas premiaciones cosechando elogios por su extraordinario trabajo estético –que nos remite a los coloridos años sesenta y setenta– y recibiendo múltiples halagos por sus grandes actuaciones, la miniserie también fue blanco de críticas tanto de conservadores como por algunas feministas no muy felices por su mirada tan laxa sobre los hechos y los personajes. Algunos seguidores de Schlafly se mostraron descontentos porque creían que la dama no quedaba muy bien parada en varios pasajes de la historia –por lo cual subieron algunos videos en YouTube intentando demostrar que ciertos hechos no fueron fidedignos–. También, despertó el encono de una de las protagonistas de los sucesos reales, Gloria Steinem que junto a Ellie Smeal –la presidenta y cofundadora de la Feminists Majority Foundation quien acuñó por primera vez el término “brecha de género” al referirse a las distintas maneras en la que votan hombres y mujeres– escribieron en Los Angeles Times una columna adversa sobre la historia titulada: “¿Por qué es mala para las mujeres Mrs. América?”. En ella, la periodista y la activista pusieron en duda la importancia histórica del personaje de Phyllis, alegando que fue una exageración de los creadores su preponderancia en el acontecer de ese conflicto ya que Schlafly solo sirvió para mantener oculto los verdaderos poderes que estaban contra la enmienda:

“En resumen: “Mrs. América” describió las tumbonas del Titanic, pero mintió sobre el motivo del hundimiento. En cambio, nos ha dado la Teoría de la Historia de las Peleas Femeninas. Claro que las mujeres pueden discrepar entre sí en todo tipo de temas, pero la verdad evidente es que no tenemos el poder de ser nuestras peores enemigas. Ese

superlativo pertenece a las corporaciones que siguen ganando 400 mil millones de dólares adicionales al año pagando a las mujeres de todas las razas menos que a los hombres blancos por realizar un trabajo comparable”, puntualizaron Steinem y Smeal.

Quizás sean estas controversias las más ricas a la hora de intentar pensar cómo fue que se pasó de la segunda ola feminista, que tanto penetró en la cultura de la época, a la ola conservadora que erigió por dos mandatos consecutivos a Ronald Reagan para luego, encima, llevar a la Casa Blanca a su vice, George Bush, logrando, mediante las urnas, un extenso periodo muy conservador de doce años. Pues más allá de la relevancia o no de Schlafly queda claro que las “Phyllis” de la América profunda existieron y fueron clave a la hora de tejer esa manta conservadora que cambió el mapa de los Estados Unidos.

En la miniserie el personaje es retratado como una mujer firme con amas de casas detrás como fieles seguidoras, un potente newsletter en el cual dejaba en claro sus ideas, y una lengua que, en estas pampas y gracias a la vedette Moria Casan, podría definirse como “karateka”. Schlafly utilizó todo su poder de fuego para agrupar a mujeres de todos los estados en defensa de los valores más conservadores. Montada sobre el miedo que generaban ciertos cambios, sin importar que fueran infundados, azuzaba todo el tiempo con la pérdida de las tradiciones poniendo ejemplos exagerados, impactando en muchas mujeres, que se decidieron a seguirla mientras cabildeaban con panecillos y mermelada (como buenas señoras de sus casas) para convencer a sus representantes de no aceptar la enmienda. Mientras Schlafly hacía lobby, se presentaba en televisión chicaneando contrincantes, torciendo argumentos y creando fakes news, antes de que el término fuera acuñado. Es interesante reconocer que su logro fue que miles de amas de casa militaran el “Stop Era” dejando en claro que, hacer política, también era asunto de las conservadoras. Aunque a ella le costara reconocer que ese trabajo duro y de tiempo completo iba contra sus propias argumentaciones de hogar full time. Y, para abrir otros debates, otra arista interesante es observar cómo esas mujeres se aprovecharon de muchas de las conquistas feministas para imponer una agenda ultraconservadora.

Ese manojo de contradicciones es lo que también hace que esta ficción sea una verdadera usina de discusiones ya que permite pensar sobre mujeres e ideología, poniendo la lente en que no siempre el género es garantía de ideas progresistas e igualitarias y que abrir esa puerta no asegura que quienes accedan sean justamente las almas más puras a la hora de obtener el poder. De hecho, es muy atrayente observar, si uno recorre el espinel de la ficción de esos años –cuando estas chicas disputaban el poder en la vida real– como los personajes femeninos de ficción también viraron de perfil. De chicas superpoderosas que armaban equipos para lograr sus objetivos a mujeres despiadadas y ambiciosas a la hora de conseguir resultados. Las Margaret Thatcher de la *soap opera* (la manera que tienen los americanos de llamar a sus novelas).

2. El mundo del espectáculo y las mujeres en los años de “Mrs. America”

La fuerza del feminismo de la segunda ola penetró en todos los temarios y el mundo del entretenimiento rápidamente entendió que no podía quedar ajeno a ese fenómeno comenzando un veloz cambio de paradigma. Así fue como la televisión empezó a darle mayor protagonismo a mujeres, pero ubicándolas en los estándares del momento. De amas de casas a trabajar fuera del hogar, así el rol de la heroína independiente fue tomando cada vez mayor impulso. “La mujer policía” o “La mujer maravilla” fueron las primeras series en demostrar que la inteligencia, la fuerza y la astucia no eran solo características masculinas. Pero fue en 1976 cuando una serie se convirtió en el icono del poder femenino: “Los ángeles de Charlie”. La historia se centraba en tres chicas recién salidas de la academia de policía que dejaban sus tediosos labores dentro del departamento policial –en donde estaban condenadas a escribir informes, hacer boletas de tránsito o ayudar a cruzar la calle a los escolares– para irse a trabajar bajo las órdenes de un misterioso millonario que tenía una agencia de investigaciones, quien las contrata como detectives privados y las introduce en el maravilloso mundo de la aventura. La serie contó entre sus logros haber sido el piloto con mayor rating de la televisión y un verdadero fenómeno de masas. La prestigiosa revista Time las puso en tapa bajo el título de “TV’s Super Women” mientras miles de niñas alrededor del mundo compraban su merchandising y emulaban sus acciones, que iban desde disparar un revolver a toda su velocidad hasta dar golpes de karate o correr con la velocidad de la luz. El fenómeno incluía una química sensacional entre las chicas que trabajan espalda con espalda, armando una cofradía que las tornaba imparables. Pero a pesar de todos estas características lograron convertirse en un problema a la hora de catalogar el show, pues mientras los conservadores acusaban a la serie de ser “el espectáculo de los pezones” –ya que las chicas subidas a la época no lucían sostenes–, para las feministas la historia era una manera de mercantilizar los cuerpos femeninos amparados en la liberación, puesto que si bien las muchachas trabajaban, eran solteras, se administraban solas, corrían carreras de autos, manejaban aviones o podían hacer cualquier deporte –al margen de sostener romances sin darle explicaciones a nadie–, en el fondo, decían las activistas, terminaban cumpliendo todas las fantasías masculinas: eran bellísimas, curvilíneas y portaban vestuarios y peinados glamorosos cual modelos. Conejitas de Playboy pero de armas tomar. Lo cual hizo del éxito de la serie un triunfo del que nadie quería hacerse cargo a pesar de que mostraba que las mujeres podían hacer todo lo que deseaban.

Pero lo más interesante de la historia es que fue mutando al calor de los cambios sociales subterráneos de esos años. De enojarse con los chistes machistas de Bosley en la oficina, una especie de secretario de la agencia que ejercía el rol que en general le solían dar a las mujeres, y coquetear en su primera temporada con una fuerte impronta feminista –al punto que en el capítulo 12, “Lady Killer”, llegan a nombrar a la mismísima Gloria Steinem¹–, la serie fue perdiendo ese espíritu a medida que fue pasando el tiempo. Inclusive si

1. Cuando entre muchos posibles asesinos no tienen en cuenta a una mujer, diciendo que actuaron discriminatoriamente al no haberla puesto en el mismo lugar que a los varones.

observamos la temporada 79/80 lucen como voluntarias republicanas con trajecitos que deben haber causado envidia hasta a la mismísima Nancy Reagan. Basta prestar atención a sus atuendos para percibir que en Estados Unidos había llegado el tiempo de regresar a los corpiños e incluso a las faldas. Las elecciones de noviembre de 1979 lo confirmaron cuando Reagan obtuvo el 50,36 por ciento de los votos, lo que hace muy interesante entrelazar moda, cultura y política.

En “Mrs. America” esos detalles se ven a través de otras minucias, la caída en las ventas de la revista “Ms.”, por ejemplo, la publicación que dirigía Steinem y fue un emblema de las revistas con perspectiva de género. Pero también es notable como al final de la miniserie la elegante y sobria Schlafly, que solía lucir atildados trajecitos color pastel, usa un vestido que bien podría haberse calzado la maléfica Alexis Carrington, el personaje interpretado por la actriz Joan Collins, en “Dinastía”, la serie que junto a “Dallas”, es una gran enciclopedia para entender como es percibido el poder y el dinero a finales de los setenta y en toda la década reaganiana. Es que los culebrones en formato de serie inundaron las pantallas, mostrando que la ambición era un atractivo del que nadie podía mantenerse ajeno y en donde las damas entraron en acción desplegando brillantez, maldad y perspicacia. Y donde la liberación femenina pareció terminar dando paso a una colección de féminas que podían manejarse con la impiedad del dinero y sin ninguna consideración por el mismo género. Muchas fueron las series de este estilo donde las mujeres ejercieron ese tipo de poder, desde “Falcon Crest” (protagonizada por la mismísima ex mujer del presidente Ronald Reagan, Jane Wyman, que encarnaba a Angela Channing una poderosa empresaria vitivinícola) a “Flamingo road”, pasando por un exitoso desprendimiento de “Dallas” que trataba sobre la vida del hermano Ewing, Gary, que vivía en un barrio privado de California, “Knots landing” (que en estos lares se estrenó bajo el nombre de “California country” adelantándose muchos años al fenómeno habitacional que los argentinos conocieron masivamente a partir de los años noventa). Una serie cuyos personajes femeninos eran de tal fuerza que la ensayista y crítica cultural Camille Paglia, le ha dedicado numerosas interpretaciones a una de ellas: Abby Cunningham, la rubia ambiciosa y manipuladora interpretada por la actriz Donna Mills, a la que inclusive llegó a entrevistar para ahondar sobre esa deleznable criatura ficcional a la que supo ponerle el cuerpo.

Mientras en los setentas, el poder femenino se entrelazaba con la ayuda entre mujeres, como en la sitcom “Tres son compañía”, donde las amigas Janet y Chrissy aceptan un nuevo compañero de cuarto, Jack, para afrontar el alquiler debido a sus trabajos mal pagos, en los ochenta, tener dinero a toda costa fue casi el *leitmotiv* femenino, entronizando a chicas malas como Sammy Jo (interpretada por Heather Locklear) en “Dinastía”, la sobrina de la protagonista que no hubiese dudado un momento en quedarse con el marido mega millonario de su tía.

En roles de poder, como presidentas de compañías o dueñas de pozos petroleros, las chicas de la ficción de los ochenta bien podrían haber sido la versión de mujeres muy poderosas dentro de la política como fue el caso de Jeane Kirkpatrick, una politóloga y diplomática estadounidense que tuvo un rol fundamental dentro de la política exterior del gobierno de Ronald Reagan, del que fue primero asesora durante su campaña presidencial, para obtener luego el meritorio logro de ser la primera mujer en ocupar el cargo de Embajadora

de Estados Unidos ante las Naciones Unidas. Una devota del anticomunismo que se pasó del partido demócrata al republicano sin pestañear, y que no tuvo empacho en apoyar a las cruentas dictaduras latinoamericanas pues le parecían menos dañinas que el comunismo.

Así que lo interesante de “Mrs. America” y de este breve repaso sobre las ficciones producidas en los años en que se sucedían esos hechos, es que el feminismo, a pesar de las corrientes conservadoras, salió airoso, abriendo las puertas para muchas mujeres, permitiéndonos que pudiéramos estudiar, trabajar y realizarnos hasta siendo amas de casa, si ese era nuestro deseo, pero ante todo contribuyó para que pudiéramos elegir. Como eligen las conservadoras que deciden desde ese lugar construir su futuro.

***Lorena Alvarez** es cronista y productora. Participó, junto a otros autores de dos libros de ensayo: “Todo Diego es político” (Editorial Sincopa, 2020), un libro escrito por once mujeres sobre la figura de Diego Armando Maradona, y “¿Qué hacemos con Menem?”, una mirada coral sobre la década del noventa (Editorial Siglo XXI, 2021). Actualmente escribe en Panamá Revista y tiene una columna sobre cultura popular en FM La Patriada. Correo: lualvarez73@gmail.com